



EL PRIVILEGIO DEL PAISAJE

María Isabel Lledó

EL PRIVILEGIO DEL PAISAJE



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Isabel Lledó

© Foto de portada y de la autora: Christian Dorn

ISBN: 978-84-18958-48-9

ISBN digital: 978-84-18958-49-6

Depósito legal: M-31139-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Christian, por compartir la brújula.
A mis padres, por la inspiración.*

En lo que llevamos de camino me he dado cuenta de que este no es solo un viaje en el espacio, sino también un periplo por el tiempo. El presente y el pasado se entrelazan, igual que la geografía y la historia. Es inesperado que a esta aventura le haya dado por tener tantas dimensiones. ¿Será que lo que empezó con visos de huida, está resultando ser un viaje de vuelta? ¿Serán los zarpazos amenazadores de la añoranza, pasando factura por haber estado levitando lejos de mis raíces durante tantos años? ¿O será solo que, llegado un momento, no se puede dar un paso importante hacia adelante, sin mirar primero hacia atrás? No sé, pero el caso es que diferentes lugares a lo largo de nuestro recorrido han empezado a rescatar memorias de los rincones pretéritos de mi mente. Memorias de mi niñez y juventud, recuerdos infantiles y juveniles de una mujer que vio la luz y empezó a crecer en un pequeño pueblo del extrarradio de Barcelona, y que se acercaba a menudo a la capital, paciente con los retrasos de los trenes de cercanías.

Me llamo Ana. Nací en los años setenta, años de importantes cambios políticos y sociales. En España la dictadura agonizaba y la sociedad evolucionaba hacia la democracia, con todas las implicaciones que ello conlleva. En otras partes del mundo se inventaba el microchip, se fundaban compañías tecnológicas como Microsoft y Apple, subían al poder la dama de hierro, el Ayatolah Jomeini, J. F. Kennedy y Salvador Allende, triunfaba la revolución Sandinista, el telón de acero seguía siendo frío y pesado, y por todo el mundo occidental hacían furor los pantalones de campana. Así estaban las cosas mientras yo, aún tiernecita, me chupaba el dedo sonriente y sin enterarme de nada.

En algún momento de la década de los cincuenta, mis padres habían llegado por separado a Cataluña provenientes de zonas eminentemente rurales de Andalucía. El decorado de sus infancias fue la atribulada España de la postguerra, donde el hambre y las penurias varias estaban a la orden del día, si habías nacido en el lado perdedor. En latitudes con la agricultura y la ganadería como principales motores de la economía, enclenques y oxidados, que estaban además en manos de unos cuantos, y aunque corría el siglo xx, el caciquismo seguía vigente. Los terratenientes del sur continuaban empeñados en prácticas casi feudales, que daban a muy pocos, o a nadie, la oportunidad de progresar. Fue por eso que mis padres, como otros muchos, antes de ser yo ni siquiera proyecto, se pusieron sus ropas de domingo y se echaron a la carretera. Huyeron de la miseria de su tierra natal y emigraron a Cataluña para tratar de labrarse un futuro mejor. Lo hicieron como dice la Biblia, con el sudor de su frente, luchando cada día con garras y dientes, sin escatimar esfuerzo ni sacrificio. Sin dejarse amilanar por abusos, explotaciones e injusticias sociales.

Mi padre no se acobardó ante nada, y se lanzó de lleno a todos los trabajos que se presentaron en su cabalgata de sur a norte. Muchas veces le oí narrar sus aventuras sembrando y segando arroz en el delta del Ebro, donde las fiebres del paludismo, causadas por los mosquitos inhóspitos, casi se lo llevan de este mundo. O los días cuando trabajaba en las obras de construcción del pantano de Mequinenza. Que pasó años haciendo de peón de un maestro albañil para aprender el oficio y, mientras tanto, participó en la construcción de tantos y tantos hogares en el extrarradio de la capital catalana. Por aquellos años Barcelona crecía a toda velocidad, atrayendo a tantos otros como él y mi madre, que huyendo de la miseria del sur, o del centro o del oeste, emigraban a Barcelona para labrarse un futuro mejor. Después, cuando el futuro empezó a pintar un poco más boyante, se pasó al negocio de instalar piscinas en los jardines de los chalets de los más favorecidos. Así que no es

metafóricamente, si digo que mi padre ha contribuido a construir el país con sus propias manos.

Mi madre, por otra parte, llegó directamente al centro de Barcelona, después de haber pasado incontables horas en incontables trenes de vapor, que impregnaron todas sus ropas de un penetrante olor a carbonilla, y le dejaron las tablillas de los asientos de madera marcadas en el culo, mientras cruzaba la península de punta a punta. Los kilómetros pasaban mucho más despacio por aquellos tiempos. Huérfana de padre, se instaló junto a su madre y sus hermanas, en un piso del Eixample, junto con otras seis familias. Realquiladas, se llamaban. Empezó a trabajar en una fábrica de enchufes que por aquel entonces no quedaba lejos de su domicilio de alquiler compartido. En sus ratos libres, que no es que fueran muchos, tejía *jerseys* a punto de media, para la patrona del piso y sus amigas, que halagaban entusiasmadas su trabajo, diciendo que sus manos tenían dotes primorosas, y lucían con orgullo sus creaciones cuando se reunían para tomar el café. Siempre tenía trabajo de sobras, porque las señoras rivalizaban para ganar prioridad en su lista de pedidos.

Años después, cuando conoció a mi padre y se casaron, las usanzas anacrónicas de aquel tiempo no la dejaron continuar con su trabajo industrial, así que se despidió de sus compañeras, se mudó a una casita del extrarradio de la ciudad, con su recién estrenado marido, mi padre, y se convirtió en ama de casa. Pronto llegamos nosotros, es decir, mis hermanos y yo, y nuestros progenitores no tardaron en percatarse de que el sueldo de mi padre, aún reforzado con infinitas horas extra, no iba a ser suficiente para proveer para toda la familia. Entonces mi madre se compró a plazos una máquina de coser y se unió a la, por entonces tan popular, economía sumergida. Llevaba a casa montones de prendas que necesitaban ensamblaje, de todos los colores y patrones varios. El pago era magro, magrísimo, explotación al fin y al cabo, pero era

como un complemento vitamínico para el sueldo de mi padre. La cantidad podía ser minúscula, pero era indispensable para un crecimiento sano de la familia.

Los dos cada día al pie del cañón para sacar sus vidas y las nuestras adelante, la mía y la de mis hermanos. Para que nosotros no tuviéramos que experimentar las mismas carencias que ellos habían sufrido, para darnos la posibilidad de un futuro más prometedor.

Quizás sea por esos orígenes humildes, y por los valores familiares inculcados durante mi infancia y mi juventud que yo, a pesar de haber alcanzado cotas sociales y económicas bastante privilegiadas, seguía pensando como una persona pobre. Quiero decir, de clase humilde. A mí me parece que el dinero solo te hace cambiar de clase en las estadísticas, pero no en el corazón.

Me percaté, no sé cuándo, de que la división entre ricos y pobres, o a lo mejor es entre codiciosos y humildes, en muchos casos, no tiene que ver necesariamente con el dinero o los bienes materiales, sino con la capacidad para oír la voz de tu conciencia. Lo observé con desesperación, durante mis años más agónicos en el mundo corporativo, donde cada paso que das en el camino de subida es como lavar los escrúpulos en agua demasiado caliente. Se encogen de mala manera, se enmudece tu conciencia. Y si no te pasa, no estás capacitado para desarrollar tu trabajo, la conciencia y los escrúpulos no te dejan.

Parece que a los pobres, a los humildes, de pequeños, nos inculcan esas ideas de que la honestidad es importante y que hay que decir siempre la verdad y nada más que la verdad, tratar al prójimo con respeto, tratar a todos de igual a igual. Ahora creo que es porque los pobres no ven el mundo desde una posición de poder y ni se imaginan muchos de los tejemanejes de los que cuecen las

habas. A los ricos, a los más codiciosos, a los poderosos, sin embargo, parecen enseñarles que lo importante es ganar por cualquier medio, con o sin atajos, con o sin utilizar a otras personas como rehenes o accesorios; que la vida no es más seria que cualquier partida de ajedrez, un ejercicio de estrategia y astucia. Una carrera de ratas para asegurarse de conservar el dinero y el poder a toda costa.

Ya sé que las generalizaciones no siempre son justas. Tal vez no son más que los fantasmas de mi frustración, porque yo era incapaz de ganar a cualquier precio, incapaz de relativizar el bien y el mal. Incompetente.

Esta parte de mi historia empezó hace veinte años, cuando un día, a mediados de primavera, hice las maletas y me mudé desde mi pueblo de la periferia de Barcelona a la capital de los Países Bajos, Ámsterdam. Tal vez emulando la aventura migratoria de mis padres, o tal vez satisfaciendo mis propias necesidades vitales. El caso es que tenía entonces veintitantos años, me habían ofrecido un puesto interesante en una famosa multinacional norteamericana de ropa tejana y lo acepté sin pestañear.

Comparado con el trabajo nimio y mata cerebros que tenía por aquellos días en mi ciudad natal, aquella oferta me pareció la oportunidad de mi vida, el faro de mi destino, la estrella polar de mi navío. Me fui llena de ilusión, ansiosa por vivir un montón de aventuras, descubrir los excitantes capítulos de mi vida de ahí en adelante. La única chica de tres hermanos y la única que había salido con espíritu viajero. Afortunadamente ese afán por explorar nuevas latitudes geográficas y vitales, sirvieron de atenuantes para la zozobra que sentía al desenterrar mis raíces de aquella tierra meridional que me había visto nacer, y separarme de mis bienes más preciados: mi familia, mis amigos y el mar Mediterráneo.

Fue un gran salto, y no me esperaba yo por aquel entonces que el paréntesis fuera a durar tanto tiempo. El tiempo es un fenómeno extraño, parece más largo al mirar atrás. La suma de los días da un poco de vértigo, aunque los hayas vivido todos al máximo y hayas tenido como propósito no desperdiciar ni un segundo, siempre hay añoranzas o agujeros que te pellizcan el alma hasta hacerte saltar las lágrimas.

En un suspiro, veinte años más tarde, tenía a mis espaldas lo que la gran mayoría reconocería como una carrera brillante. Habiendo empezado a ras de suelo en la empresa, había escalado ágilmente las ramas del frondoso bosque corporativo y había llegado a las copas donde anidan las águilas. Oficialmente mi título era el de vicepresidenta de procesos operativos. Conducía un BMW de corte seductor y un pelín agresivo, vivía en el barrio más caro de la ciudad, compraba la ropa que me daba la gana sin mirar demasiado el precio y zapatos que costaban bastante más de lo normal. Me acostumbré a beber solo buen vino, preferentemente en copas de cristal sopladas artesanalmente, reservaba mis vacaciones sin mirar el precio de los billetes, había viajado a la India, a la Patagonia, había escalado las pirámides mayas en la selva guatemalteca y subido al templo del Nido del Tigre en las montañas de Bután, entre otros muchos viajes exóticos. Las cenas en restaurantes con estrellas Michelin eran habituales, los aeropuertos de todo el mundo desplegaban sus alfombras rojas para hacerme paso, y las azafatas o azafatos me traían copas de champán a los asientos mullidos de la clase *business* y me llamaban señora, aunque yo me seguía viendo como aquella chica que solía coger regularmente el tren de cercanías de Renfe.

Seguramente cualquier persona de orígenes humildes como yo se debería dar con un canto en los dientes con tal perspectiva, y sin embargo a mí, en los últimos años, una vez pasada la novedad del lujo, la felicidad se me escapaba descaradamente y cada vez era

más ilusoria, los días en la oficina se me hacían cada vez más difíciles de digerir. Las reuniones tóxicas, el trato con gente de alma escueta. Fríos y calculadores. Con los ojos siempre en la meta y sus mentes calculando y recalculando, ajustando sus movimientos a los vientos de cambio que a cada momento soplaban los dioses corporativos. Me daban reacciones alérgicas la avaricia sin límites de algunos y sus miradas ansiosas al precio de las acciones en bolsa, cada céntimo arriba o abajo, les daba un salto el corazón. Me sentía intoxicada por los vapores irrespirables de algunas absurdas políticas de empresa en sus afanes de modelar la realidad siempre en su provecho. Me daba un asco insoportable el consumismo feroz que fomentábamos con nuestras políticas comerciales, los tejemanejes para desplazar a los pequeños vendedores y modelar el mercado a nuestra conveniencia.

Algunos días echaba de menos la aparición, ya fuera estelar o discreta, de algún héroe. Un tipo de Robin Hood del siglo XXI, que asaltara a los magnates de Wall Street, les robara sus riquezas y se las devolviera a los trabajadores de las fábricas y talleres semi clandestinos, donde se fabricaba mucha de la ropa que nosotros diseñábamos y distribuíamos, por allá en los países más menesterosos del sudeste asiático. La empresa, de la que yo formaba parte, era buena en transformar la desesperación y la miseria de aquellos países, en explotación y pobreza, convencida además de que era un paso adelante para todos, para así evitar cualquier rumor de la conciencia. Y aquí en el primer mundo, vendíamos el logotipo de nuestra marca como si fueran estampillas religiosas u objetos mágicos, cumplidores de aspiraciones y sueños.

Un Robin Hood que quemara en hogueras purificadoras las ambiciones sin límite, las vanidades colosales, los juegos de poder y su desoladora falta de escrúpulos. Ya fuera con arco y flechas, algún algoritmo inteligente o una nueva religión redentora, que ganara prosélitos entre las huestes financieras de alto nivel y des-

activara su avaricia con perspectivas de una tierra prometida, la posibilidad de comer cantidades infinitas de helado sin engordar o un viaje por el cielo en un Lamborghini Diablo.

Pero la mayoría de los días simplemente me encontraba vacía, desorientada, en un cruce de caminos, donde las opciones están cubiertas por una especie de tormenta de arena. Me sentía hipócrita, porque en realidad yo era parte de aquel juego, como cualquiera de aquellos compañeros avariciosos y falsos que no podía soportar. Yo me beneficiaba tanto como todos los demás de las subidas de las acciones en bolsa y de la ambición sin límites de nuestra empresa. Cada día era como una lucha contra mi propia naturaleza, contra mis instintos, no solo con el afán de subir, que nunca había sido mío realmente, sino incluso simplemente de subsistir sin enloquecer, sin cambiar a peor.

Había estado perdida un par de años. Me estaba convirtiendo en una *zombie*, con la voluntad doblegada por la negligencia. Mi único movimiento era giratorio, como una peonza que se entretiene dando vueltas para no tener que decidir qué dirección tomar, para no caer por el peso de la gravedad o simplemente para no caer en la cuenta de que mi vida no se movía impulsada por ilusiones, ambiciones o sueños, lo único que movía a mi vida era la inercia.

Afortunadamente la espiral había llegado a ser tan delirante que estaba empezando a perder fuerza. Empezaba a ver las opciones con más claridad y la posibilidad de irme con viento fresco se iba haciendo cada vez más atrayente y más palpable. Cambiar. Iniciar un viaje. Mudar de latitud. Hacia el norte. Cambiar de ruta a la ambición. Explorar los confines del planeta, aquellos donde aún no había estado. Pasar más tiempo al aire libre. Caminar más. Luchar por algo que valga la pena. Perseguir la felicidad como si fuera un concepto más sustancial que las franjas etéreas del arcoíris. Como si fuera posible.

Porque además del agobio corporativo, estaba esa sensación quisquillosa de estar perdiendo el tiempo. Esos deseos de ser Gabriel García Márquez, Bill Gates, Bono, Nelson Mandela, o Isabel Allende, y no estar haciendo nada para conseguirlo. Necesitaba descubrir si podía invertir mi carisma y mi talento en algo más emocionante que los procesos de logística de la ropa tejana. Lograr hacer algo que transcurriera más allá de mi propio tiempo. La inmortalidad, supongo. Quizás porque no tenía hijos y necesitaba dejar algún otro legado. Quizás por egocentrismo o soberbia. Al fin y al cabo ya me lo decía Paula, una de mis mejores amigas de la juventud:

—*Nena, tu ets una somiatruites.*

A lo mejor nos pasa a todos. ¿Quién no se ha planteado alguna vez cambiar de vida? ¿Y por qué motivos? Ya sea por curiosidad, por esa sensación de que debe haber algo más en la vida que ir al trabajo cada día de nueve a cinco, o a seis, o a diez. O por insatisfacción con la propia rutina, porque te sientes como encarcelado en un día a día que no es el tuyo, o porque estás harto de tu jefe, o porque te las ves y te las deseas para llegar a fin de mes, o porque te sobra responsabilidad o te falta motivación. Tal vez por envidia de lo que otros viven y tú querrías vivir. Las razones varían, pero en todos los casos la idea de cambiar es como un soplo de esperanza de un futuro mejor. El cambio es una teoría redentora.

El paso de la teoría a la práctica es harina de otro costal. Por cobardía, por miedo, por comodidad, por las circunstancias o por lo que sea, los grandes cambios casi nunca son fáciles.

Afortunadamente para mí, yo no estaba sola en mis derivas sentimentales. Mi marido, que primero había sido simplemente mi alma gemela, también estaba embarcado en semejantes barullos emocionales, sintiéndose como separado de sus sueños, al haber

cruzado cualquier esquina de la existencia de la que había perdido conciencia.

—Nos estamos volviendo gandules —me decía—. Nos acomodamos en esta miseria espiritual, como si fuera el paraíso terrenal, cuando deberíamos sentir pinchazos en el culo como si estuviéramos sentados en un sillón de clavos, y salir corriendo.

Y un buen día, después de mucho dudar y de repetirnos que a lo mejor era que nos habíamos vuelto caprichosos, que deberíamos dejarnos de tonterías y darnos cuenta de lo afortunados que éramos y seguir al pie del cañón, como todo hijo de vecino, nos decidimos por el cambio de vida, o por lo menos por poner un paréntesis en nuestra rutina. Llegó un día en que continuar con más de lo mismo simplemente no fue una opción.

Abanderados con nuestras cartas de dimisión, fuimos a informar a nuestros jefes, que desacostumbradamente se quedaron mudos de estupefacción por unos instantes, antes de recuperar la compostura, acceder mentalmente a su manual robótico corporativo y, con la corrección política habitual, felicitarnos por la audacia de nuestra decisión, decirnos, sinceramente o no, que nos iban a echar de menos y deseándonos todo lo mejor para nuestro futuro. Es lo que había. No nos sorprendió ni nos decepcionó en manera alguna.

Fue el inicio de la cuenta atrás, donde tocaba decir adiós a los compañeros. A un puñado de ellos con pena, a la mayoría con indiferencia y a otros con alivio de no tener que tratar con ellos por mucho tiempo más. Después devolver el BMW, que pertenecía a la corporación, el ordenador portátil, que pertenecía a la corporación, el teléfono móvil, que pertenecía a la corporación, la tarjeta American Express, que pertenecía a la corporación y mi tarjeta de identificación, que aunque tenía mi cara plantada al frente, pertenecía a la corporación. Y a cambio recuperar mi tiempo, mi mente

y mi alma, que dejaron de pertenecer a la corporación. Derramé algunas lágrimas, al despedirme de mis compañeros más queridos, pero en ningún momento pasó por mi cabeza o por mi corazón ni una sombra de duda.

Vendí mis acciones y lo mismo hizo Thomas, mi marido. Vendimos nuestro piso de lujo, pusimos en un almacén el puñado de pequeñas obras de arte que teníamos, nuestra cristalería fina austriaca, nuestras vajillas alemana y escandinava, y nuestras piezas de mobiliario más queridas. Donamos a beneficencia las demás y también la mayoría de nuestra ropa. Emulando al caracol, nos decidimos por comprar una autocaravana, que haría las veces de casa, caparazón y medio de transporte, y cogimos literalmente carretera y manta.

Nuestra brújula apuntaba hacia el norte, pero no teníamos un itinerario predefinido. Queríamos atravesar la península escandinava y llegar al Ártico. No sé por qué elegimos el Ártico, siendo yo mediterránea y Thomas alpino. Sería quizás por aquello de que intentábamos encontrar el norte, la estrella polar de nuestras vidas.

Primera parte

Norte

1

Bordeando la costa oeste de Suecia, hemos llegado a Fjällbacka, un antiguo pueblecito de pescadores, dedicado durante siglos a la fructífera industria del arenque. Aunque corre el mes de mayo, la sensación de verano ya flota en el ambiente, como un licor suave destilado en el aire. La luz del atardecer calmoso es brillante y tiene tonos de miel finamente entrelazados en su estructura etérea. Hoy en día el pueblecito vive fundamentalmente del turismo, y no me extraña, con las altas proporciones de *glamour* y de encanto que perseveran por doquier, ancladas en sus callejuelas adoquinadas, sus pasarelas de madera junto al mar y su puertecito sembrado de barcos recreativos.

El ala este del puerto está flanqueada por una ristra de casitas de madera, la mayoría rojas y alguna amarilla, con los tonos típicos que adornan muchas de las casas suecas. Supongo que en el pasado serían casas de pescadores o almacenes del puerto, que miraban al mar con una mezcla de miedo y esperanza, pero hoy en día están ocupadas por cafés y restaurantes, que en las aguas bálticas no ven más allá de diversión y buenos ratos. Aunque estamos todavía en pretemporada estival, la mayoría de locales están bastante concurridos, llenos de gente despreocupada y sonriente, disfrutando casualmente del buen tiempo y de la buena comida, copas de vino, cervezas y limonadas. Charlando probablemente acerca de sus últimos paseos en barco, de lo agradecidos que se sienten por la clemencia del clima este año, por los cielos azules y las temperaturas templadas.

Al sur, el puerto está ceñido por un afloramiento rocoso que tal vez llegue al centenar de metros de altura y varios centenares de longitud. Subimos a la cumbre por unas escalinatas empinadas, que aparte de dejarnos cortos de oxígeno por unos instantes, nos dan acceso generoso a unas vistas encantadoras. En un primer plano está el pueblo y, extendiéndose hacia el horizonte marítimo, hay centenares de islotes rocosos de muy diversos tamaños, bordeados de tanto en cuanto por algún barquito de vela o una lancha rápida, ocupados seguramente por turistas que disfrutan del paisaje con deleite. La belleza indiscutible del paisaje en una sinergia perfecta con las melazas incorpóreas de la luz estupenda de un atardecer casi infinito. Thomas no para de hacer fotos, inspirado por esta luz de ensueño. La fotografía es lo suyo. Ha confesado muchas veces, y yo no me doy por ofendida, que sus momentos más felices son cuando está mirando a través del objetivo de su cámara. No es de extrañar que estuviera más que harto de dirigir equipos de tecnologías informáticas en corporaciones mastodónticas. Desencantado de resolver problemas que no eran más que secuencias diferentes de ceros y unos, aplicaciones creativas del código binario. Mucho más interesado en mirar al mundo a través de las oscilaciones del espectro de la luz.

—¡La luz es tan suave! —exclama, sin despegar su ojo derecho del visor de su cámara.

De vuelta al pueblo nos topamos con una estatua de Ingrid Bergman en una placita. Es sabido que la famosa actriz pasó aquí muchos veranos felices con su familia, durante los dorados años sesenta y setenta, y que lo consideraba su paraíso terrenal.

Mi madre siempre ha sido una gran fan de Ingrid Bergman, no sé si tanto por sus dotes de actriz, como por su elegancia y su esbeltez o por el hecho de que siempre salía en la pantalla acompañada-

da por los apuestos galanes hollywoodienses de la época, normalmente mostrando un estilo de vida fuera del alcance de cualquiera.

Tanto le inspiraba la actriz sueca a mi madre, que cuando se casó uno de mis primos, a principios de los años ochenta, mi madre decidió hacerme para la ocasión un vestido de coctel inspirado en uno de los que lucía la Bergman en Casablanca. Como las finanzas domésticas no estaban por aquel entonces del todo boyantes, era bastante habitual que mi madre se pusiera manos a la obra para hacernos ropa a mí y a mis hermanos. Normalmente de retales de tela que encontraba de ocasión, lo que a veces significaba que los colores o estampados iban un poco más allá de lo corriente. A mí no me importaba, al contrario, desde muy niña me lo pasaba pipa participando del proceso creativo y después de los de corte y confección. Bueno, quizás solo hasta el corte porque nunca tenía la paciencia de pasarme horas cosiendo o ajustando y reajustando hasta que las cosas quedaran bien.

No es que mi madre fuera una modista profesional, pero se le daba bien, y ya dicen que la necesidad agudiza el ingenio, así que se las apañaba de una manera o de otra para vestirnos dentro del presupuesto familiar.

La cosa empezaba copiando en papel de seda patrones de revistas especializadas y después ajustándolos hasta darles el toque deseado. Por cierto que el papel de seda era un bien bastante versátil y muy utilizado en nuestra casa. Lo mismo servía para dibujar patrones, que para hacer cometas o guirnaldas de fiesta, si era de colores, o coronas de rey o de reina para las fiestas de cumpleaños.

Pero de vuelta a aquel vestido inspirado en los *glamours* de Casablanca, mi madre no se conformó aquella vez con un retal cualquiera, ya que la ocasión era más solemne, así que una tarde de sábado de finales de febrero o principios de marzo, nos montamos las dos

en el poco regular tren de cercanías, que con un trayecto de media hora, conectaba nuestro pueblo con la capital, y nos personamos en una gran tienda de telas que había en el centro. Compramos un trozo de tafetán de color rosa palo con unos delicados estampados florales. Aún lo recuerdo. Me encantó desde el primer momento. También recuerdo que después de comprar la tela, aprovechamos la pequeña excursión a Barcelona, para mirar los escaparates de todas las tiendas de zapatos del centro. Nos encantaba ver tiendas de zapatos cuando no íbamos con mis hermanos, porque su desinterés nos estropeaba la diversión, aunque casi nunca nos podíamos permitir comprarnos un par, a no ser que fuera el ofertazo de la temporada. También entramos a darnos una ración de vista, como decía mi madre, a Galerías Preciados, unos archiconocidos grandes almacenes, que empezaron a flaquear por aquel entonces. Recuerdo que aquel día la tensión flotaba en el ambiente. Los grandes almacenes eran parte del grupo Rumasa, que había sido expropiado por el Gobierno hacía escasos días.

—Esta pobre gente. Veremos qué acaba pasando con sus trabajos —dijo mi madre.

A mi tierna edad, yo no tenía mucha idea de los detalles financieros de aquella operación, ni de lo que suponía para la sociedad o para el Gobierno. Mi opinión consistía en lo que oía en casa y en retales de telediarios. Que Ruiz Mateos era un caradura y un chorizo, que sus mentiras y tejemanejes habían creado un imperio de bancos y empresas que era como un castillo de naipes. Que suponía un gran riesgo financiero para las personas que tenían su capital en esos bancos y para las decenas de miles de empleados de todas esas empresas.

A pesar de los pesares, hay que reconocer que el hombre fue un fenómeno de su época. Sus hazañas fueron desde creativas ingenierías financieras, hasta agresiones al por aquel entonces ministro de Economía al famoso grito de «Yo te pego leche», como en

cualquier riña de bar de la esquina, o a salir por la tele disfrazado de Superman, diciendo que el superhéroe era su amigo americano y que venía en su ayuda.

Pensándolo bien, fue el primer gran caso de corrupción y contabilidad B en la España democrática, del que yo tengo conciencia. ¿Será que el tal Ruiz Mateos, además de tener un morro impresionante, tenía también espíritu pionero y de creador de tendencias, que no por ser ilegales y engañosas han detenido a muchos políticos, empresarios y banqueros de seguirlas con fervor, jeta y descaro, desde entonces hasta estos tiempos que corren, cuando esas prácticas parecen estar tan de moda?

Pero al margen de estos capítulos sociopolíticos, para mi historia personal, lo que más cuenta es que mi madre se esmeró tantísimo en la confección del vestido de tafetán rosa estampado, que el resultado fue un ensueño para mi cuerpecito que iba camino de la pubertad. Fui a la boda sintiendo que tenía el guapo subido y luciendo una sonrisa de oreja a oreja, segura de que después de la novia, yo era la más guapa. No era vanidad, sino una necesidad cruel de ser siempre sobresaliente. Inseguridad, supongo.

2

Antes de poner rumbo al interior de Suecia paramos en otros pueblecitos de la costa de Bohuslän, todos de cuerpo pintoresco, anatomías adornadas con casitas de madera, puertecitos pesqueros y recreativos y almas recoletas. Elegantes y discretos a la vez, como reflejos costeros de la serena personalidad sueca.

El clima sigue siendo excepcionalmente bueno y el viaje en nuestra autocaravana recién estrenada sigue siendo una novedad para nosotros. Nuestros ánimos están por las nubes. Nos sentimos exultantes de poder disponer de nuestro tiempo, de pasear junto a la orilla del mar, ver cosas nuevas, comer arenques en conserva. Se nos ha olvidado la oficina completamente, la precariedad que nuestras almas sufrían hace apenas un par de semanas, cuando aún caminábamos por el círculo vicioso de los engranajes corporativos. Disfrutamos de la sabrosa fase de los descubrimientos. Antes de nuestra partida muchos nos habían preguntado si no nos daba miedo estar juntos las veinticuatro horas del día y todos los días de la semana. Nosotros ni siquiera habíamos pensado en tal cosa, no sé si por inconsciencia o por estar muy seguros de la fuerza de nuestra relación. De momento nos va bien.

Ponemos dirección sudeste hasta llegar a la provincia de Smaland. Durante gran parte del camino nos escoltan bastas masas forestales que se extienden a ambos lados de la carretera. Con-

ducimos también a través de prados verdes y tierras de cultivo, cubiertas a menudo por alfombras pintadas del amarillo intenso de las flores de colza, resplandeciendo bajo la tutela brillante del cielo azul. Los campos están a menudo salpicados de casitas rojas rodeadas de añejas vallas de madera o de piedra. De vez en cuando aparece un riachuelo de agua fresca ondulando por las suaves laderas verdes o algún pequeño lago, que da sentido a algún pequeño embarcadero de madera y algún pequeño bote, anclados a sus orillas. El paisaje es una colección de remansos de paz intemporales, que calman el espíritu como por arte de magia. Es como si solo con mirarlos te dieran un bálsamo de serenidad, una inyección de oxígeno, un reconstituyente para la fe y las convicciones perdidas. Estas tierras hacen que tenga sentido haberlo dejado todo atrás, las comodidades, la generosa liquidez, los lujos, los pulsos de Wall Street, el estatus social, todo a cambio del privilegio del paisaje, de estos oasis rurales sin fecha de caducidad.

Nuestro viaje por la región culmina en Vimerby, ciudad natal de Astrid Lindgren, creadora de mi heroína infantil Pippi Calzaslargas.

Cuantas horas de diversión y fantasía me propiciaron aquella niña traviesa y super poderosa y sus amigos. Con sus trenzas tiesas, su cara pecosa, su vestido estrafalario, sus inacabables ocurrencias, su caballo de lunares, su mono con bufanda, y su padre pirata. Vi todos los capítulos de la serie televisiva y leí todos los libros, todos repletos de maravillas infantiles, de escenas inolvidables, de proezas posibles. Todos sin excepción fueron un antídoto milagroso contra el aburrimiento durante algún verano infantil en que no nos pudimos ir de vacaciones, debido a la birriosa liquidez de la cuenta de ahorro familiar. Por aquel entonces a mí no me importaba quedarme en casa, yo viajaba placentemente a mis mundos de fantasía, de la mano de Pippi Calzaslargas u otros personajes de ficción infantiles y juveniles.

Quizás por eso, después de todos estos años, es tan especial para mí estar en este lugar. La granja que vio nacer y crecer a Astrid Lindgren, y que es ahora un museo que recobra la vida de la escritora, los intrépidos y felices juegos de infancia con sus hermanos en los alrededores de la granja, que para ella eran como el paraíso terrenal, su dura juventud después de quedar embarazada y tener que exiliarse a Estocolmo, las penurias para sacar adelante a su hija, que fue inspiración y audiencia prima de muchas de sus obras infantiles. Su carácter y compromiso social durante su madurez. Me dan unas ganas tremendas de ser como ella, tener su fortaleza, su coraje, su creatividad, su predisposición para nadar contracorriente, con estilo.

Los jardines de la granja están diseñados con una delicadeza exquisita y dedican diferentes espacios a diferentes sentimientos o estados de ánimo. Tristeza, risa, timidez, osadía, muchos de los sentimientos que demostraban los personajes de sus libros. En cada rincón juegan con diferentes plantas, formas de agua, esculturas, sombras, luz y materiales, para dar vida a esos estados de ánimo. Se puede además plantar una manta en cualquier parte y disfrutar de un pícnic al aire libre, ya sea con comida propia o comprada en la cafetería de las instalaciones. Como hace un exquisito día de verano, aunque en realidad sigue siendo primavera, no nos queremos perder la oportunidad. Aunque estamos teniendo una racha de buen tiempo, es bastante inesperado por estas latitudes, así que decidimos darnos una recarga de vitamina D. Llevamos unos bocadillos que hemos preparado en la autocaravana y un cestito de fresas y en la cafetería compramos unas botellas de limonada casera. Ponemos nuestra manta, como no podía ser de otra manera, junto al árbol de la limonada, el que inspiró a la escritora a crear el escondite de Pippi. Es un gran árbol, con un tronco de más de un metro de diámetro, que está hueco por dentro, lo que no impide que tenga un follaje verde y exuberante.

Yo estoy convencida de que el tronco hueco es como un túnel del tiempo. Seguramente si nos pudiéramos colar por él podríamos observar los juegos infantiles de Astrid Lindgren, sus pequeños pies trepando a las ramas del árbol, mientras reía y hablaba con sus hermanos. Y en otro punto del calendario del pasado veríamos como sus ojos de adulta y su mente le daban poderes mágicos y botellas de limonada colgando de sus ramas.

Nosotros, cuando yo era niña, también teníamos un gran árbol en la parte trasera del jardín de nuestra casa. Por lo menos a mí me parecía gigante, en relación a mi tamaño, por aquellos años. Era un albaricoquero y daba albaricoques de pulpa blanca, los más dulces y jugosos que yo haya probado jamás. Recuerdo que mi hermano mayor y sus amigos solían subir por el grueso tronco hasta el centro y a mí me daba rabia porque yo no podía. Debía tener cinco o seis años y mis piernitas eran aún debiluchas y cortas. Como mucho a mí me daba para esconderme detrás del tronco cuando jugábamos al escondite. Recuerdo que el tronco tenía vejigas de resina pegajosa de color ámbar, que a veces arrancábamos e intentábamos utilizar, sin mucho éxito, como pegamento casero. No le conocí otros poderes mágicos que el de los albaricoques deliciosos, los juegos con mis hermanos y la sombra estival, que era recibida como una bendición en aquellos calurosos veranos mediterráneos.